

# Poemas de Nelson Romero Guzmán

## Nelson Romero Guzmán

Ataco, Tolima, Colombia, 1962. Licenciado en Filosofía y Letras (Universidad Santo Tomás) y magíster en Literatura (Universidad Tecnológica de Pereira y Universidad del Tolima). Es profesor de tiempo completo de la Universidad del Tolima, en el Instituto de Educación a Distancia.

Premio Nacional Universitario de Poesía Euclides Jaramillo, Universidad del Quindío (1995); Premio del Concurso Nacional de Poesía Fernando Mejía Mejía, Manizales, por su libro *Rumbos* (1992); XIV Premio Nacional de Poesía, Universidad de Antioquia, por el libro *Surgidos de la luz* (2000); Premio Nacional de Poesía, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, por su libro *Obras de mampostería* (2007); Premio de Poesía Casa de las Américas, por su libro *Bajo el brillo de la luna* (2015); Premio Nacional de Poesía, Ministerio de Cultura, por el libro *Música lenta* (2015). Reconocimiento a Escritores del Tolima, Fondo Mixto de Cultura del Tolima (2000).

Otras publicaciones. Los libros *Días sonámbulos* (1988); *La quinta del sordo* (Universidad Nacional de Colombia, 2006), *Grafiás del insecto* (Universidad del Valle, 2005); *Apuntes para un cuaderno secreto* (en coautoría con la mexicana Kenia Cano, Biblioteca Libanense de Cultura, 2011). Los ensayos *El espacio imaginario en la poesía de Carlos Obregón* (Universidad Tecnológica de Pereira, 2011) y *El porvenir incompleto: tres novelas históricas colombianas* (Biblioteca Libanense de Cultura, 2011). En el libro colectivo *Mientras el tiempo sea nuestro* —los otros poetas son Lilia Gutiérrez Riveros, Winston Morales Chavarro, Hernán Vargascarreño y Andrés Berger Kiss— se incluye una muestra considerable de 53 poemas de su autoría. La selección que se presenta a continuación fue realizada por el propio autor.

## Erótico meridiano

De pronto, tus senos  
—como el día—  
empiezan a rotar entre mis manos.  
De pronto, también,  
me llaman a la batalla  
y vas anocheciendo  
hacia el olvido de los pájaros.

De *Días sonámbulos* (Bogotá:  
Ediciones Mundo Nuevo, 1988)

## Historia de sonámbulos

Ningún camino nos llevó  
a la tierra donde crece el trigo.  
Tuvimos que aprenderle el sendero  
a las hormigas para no perdernos.  
Llevábamos camisas rotas  
y enhebramos agujas en lo oscuro  
con la seda robada a los gusanos.  
Por donde íbamos  
el sol pintaba nuestras sombras en los muros  
sin anunciar llegadas.  
Tanteando, al fin, bajamos a la tierra  
con mucha hambre de luz entre los ojos  
y nadie nos enseñó a amasar el trigo.

De *Rumbos* (Manizales: Casa de  
Poesía Fernando Mejía Mejía, 1992)

## Aladino

El mundo es cóncavo.  
“Vas a nacer rojo”, dijo ella.  
“Vas a un mundo apagado”, dijo él.  
“Razones tengo de sobra para ser lámpara”,  
me dije. Y vine...

## Patria

Viajo por tus aires  
al lado de palomas azules.  
En tus bases de piedra fundo el verbo.  
Con tu vaso de polvo me embriago.  
Me peino frente a la luna clara,  
en la ventana más oscura de tu reino.  
Y cada vez veo en mi cara la tuya,  
como recién salida de un hospital  
o una taberna.

De *Obras de mampostería* (Bogotá:  
Instituto Distrital de Cultura y Turismo,  
2007)

## 28

Sin escribir escribo.  
Salto de esta tapia al patio ajeno  
a robar los melones encendidos.  
Robo  
para ser inocente.  
Que Dios se perdone a sí mismo,  
si quiere de verdad perdonarme.

## 30

La ciega Narcisa enloqueció y dijo: “Estoy en el paraíso”. Ese lugar no existía, hasta que la alucinada lo pronunció, y alguien tomó papel y pluma para escribir su viaje, y para meternos en este embrollo.

No se llamó Eva, se llamaba Narcisa, loca y ciega. Nombre bastante usado en la época de las grandes alucinaciones: la serpiente, la manzana, el engaño, el trabajo, el destierro.

Alguien escribió mal su versión para condenarnos.

En un inquilinato, Narcisa padeció la peor de las crisis de su mente: se vio salir por las costillas del hombre.

En ese tiempo trabajaba de jardinera. Las aves la querían, y una vez se enamoró la ciega, hasta que el mismo amor la arrastró, y su mente se fue dando tumbos de hospicio en hospicio, la muchacha pobre, la jardinera.

Al nombrarla nos burlamos de su noche.

Si algún lugar de verdad fuera el Paraíso, sería una clínica de enfermos mentales, donde estuvo asilada Narcisa.

Lo demás es la falsa versión del psiquiatra del Génesis.

De *Apuntes para un cuaderno secreto*  
(Líbano: Biblioteca Libanense de  
Cultura, 2011)

## Tigre

*Homenaje al Pequeño Larousse Ilustrado*

Te contemplo en un Pequeño Larousse, ilustrando una definición. La jaula del lenguaje no puede con el destello y el rugido, salta a pedazos, desbarrotada. ¿Cómo detener en la definición la aguja del lenguaje enloquecida en tu cerebro? ¿Cómo mancharon la hoja con tu estampa al lado de lo que no puede definirse? Luego de *definida*, sigilosa huye la palabra hacia la muerte, es como cerrar una puerta y huir antes de que resucite lo nombrado y te destroce. Quien te nombró debe de estar encerrado en la locura, estará destejiendo su propia jaula, golpeando desesperadamente, sin ayuda, en la puerta de lo definido. El lenguaje es una caja negra, adentro guarda unas orejas, un rugido, un manantial para verse, un sabor a muerte entre la lengua, una jungla, un zarpazo en la carne, pero nada de esto es el tigre. El tigre huye de la necesidad de definir. Las palabras tienen rabo para amarrarse al árbol de lo que nombran. No deberían ser empujadas de la jungla hasta la hacinada celda del diccionario, pero se les corta el rabo para que quepan en la definición. Los forjadores de celdas hacen volar la paloma en el cielo de un estrecho párrafo. Ella tropieza su cuerpo contra los puntos cardinales y, al final, muere desangrada por las aristas de la *paloma*. Luego ponen al lado la estampa del ave volando al infinito, para encubrir el crimen. El tigre, por sí solo, se (encierra) en un (paréntesis). Entre las aves se abriga para que pasen por encima de su cuerpo los muros de la academia, los acentos mudos, la gutural, la vibratoria que lo cercena, para que así las palabras no lo coronen vanamente. A su cuerpo lo adjetivó el relámpago. De ahí la imposibilidad de ser tomado por asalto. La palabra, transformada en serpiente, lo ha seguido hasta el río, donde él bebe la sangre del crepúsculo, para dejarse comer por él y luego atravesarse en su garganta y decir: “¡lo nombré!”. Pero el tigre es sigiloso y el instinto es el arma contra la trampa de la Palabra vestida de *serpiente* que no puede inocularle su veneno. Misteriosamente, en ese instante, el tigre y la luz son uno solo y la palabra queda en la orilla del río, tras la desaparición del animal, buscándose a sí misma como la moneda arrojada al laberinto por los falsos reyes, por el dios de la barbarie y los ídolos que pesan el mundo y lo venden al mejor postor. El tigre, devorador de Aladino, conoce la noche y, en los tiempos de peligro, una mitad está en vigilia para cuidar la otra mitad que duerme, pues la palabra —su enemiga sanguinaria— entra a la selva a buscarlo. Ante la imposibilidad de atraparlo, regresa al diccionario con amargura, sin la presa, para volver a ser la definición al lado de la estampa en alguna página de ese desconsolado y Pequeño Larousse.

## Decir sin cantar

El niño paga con tres monedas y un pájaro  
el derecho a la realidad.

Sabe que las solas monedas no bastan,  
que más allá de la moneda hay un valor  
agregado al precio material de las cosas: y  
de su mano

alarga un pájaro al tendero.

Este lo ve volar por la ventana.

Es la dicha que al niño le regocija,  
y que el tendero no entiende  
ni podrá entender detrás de los  
mostradores.

El vuelo dejó un círculo

de satisfacción en la boca del niño

y una especie de luz sobre el vidrio  
que la ira del tendero extinguió.

De *Grañas del insecto* (Cali:  
Universidad del Valle, 2006)

## Tinta de escarabajo

El escarabajo huye de mi pluma. Mientras  
vaya redondeando materia pestilente, el insecto  
no se deja escribir.

Un gran escarabajo hizo la redondez  
achatada de este planeta, gracias al poder de  
su imperfección.

Cuando el escarabajo se cansa de redondear  
la materia, se escarabaja, y sueña. Deja de ser  
escarabajo. El pequeño Larousse informa en sentido  
figurado: *escarabajear es escribir haciendo escarabajos*.  
Yo escribo escarabajos. Y, cuando también me canso  
de redondear mi propio excremento, me escarabajo,  
sueño.

Escribo en una escalera, el abismo es insecto  
coleóptero. La tinta de mi pluma no le huye, ni se  
acuesta a esperar a que el ángel del abismo le quite  
el peldaño. El escarabajo anda con su mundo bajo  
el vientre, no vaya a ser que le arrebaten el planeta.  
Poseo el oficio exquisito del insecto en mi mano:  
hacer redonda, aunque por un instante, la dicha  
invisible de una materia inútil.

## Un trazo

Tengo la devoción del santo,  
que se unta las manos  
de la tinta roja de un insecto  
para simular que acaba  
de cometer un crimen.  
Escribo con esa tinta  
el cuerpo del delito,  
describo el escenario, me complazco  
en dibujar la víctima.  
Todos los días mato,  
pero nadie me condena.

De *Surgidos de la luz* (Medellín:  
Universidad de Antioquia, 2000)

## Para una iniciación

¿Quién no hubiera querido ser la mano de Van Gogh? Estos poemas quisieran, por lo menos, revelar al lector los secretos de su oreja mutilada. Por ahora, sueño que estoy sentado sobre la silla que dibujó y que él viene. Viene bajo el cielo de Arles, se me acerca y desenrolla un lienzo transparente a través del cual puedo mirar unas campesinas barriendo en los patios de su infancia.

Más allá, veo sembradores de patatas y cuervos que sobrevuelan trigales por cielos de eternidad. Pero, cuando voy a entrar a una casa que me ha dibujado, despierto asomándome por ventanas solares. Antes, el pintor me ha pedido que le lleve a Théo una carta.

## Carta

Sólo como pan y cerveza.  
El hambre es de pinceles, de telas...  
Miro los soles concluir en estas tardes verdes  
que me aguardan una esperanza, y algo  
se crispa en el espíritu insaciable.  
El alba me acoge con brazos blancos  
y creo comer de las patatas que pinto.  
El hambre es de colores.  
Envíame un poco de dinero para ganar los días que vienen,  
voy a terminar los bordes de un cielo por el que quiero escapar.

De *La quinta del sordo* (Bogotá: Universidad Nacional de  
Colombia, 2005)

## El que cultiva flores en las tinieblas

—Ese hombre, ¿qué hace cultivando flores en las tinieblas?  
Por maldición no está ahí.  
No es tampoco ningún torturado consigo mismo,  
ni está obligado a maravillarnos.  
Trabaja para que el mundo sea menos vidrio.  
Dejémoslo debatirse en las tinieblas,  
y nunca luchemos por entenderlo.  
No vayamos a borrarle su nublado.  
Sus manos libres trabajan, no importa si es el color.  
Él no está ahí por obligación.  
Dejémoslo en su escenario de sombras,  
pero existiendo de su propia luz,  
y nunca lo rebajemos a nuestro desprecio.  
No sabemos si acaso somos algunos  
de los huéspedes de su obra  
y aún nos atrevemos a preguntar de nuevo:  
—Ese hombre, ¿qué hace cultivando flores en las tinieblas?

## Carta devuelta

*¡Conoce el dificultoso desatino del tonto!  
¡Envía a tus hijos a la escuela del Baboseo!*

WILLIAM BLAKE

El mensajero llama a la puerta. Trae esta carta urgente:

En mi íntimo ser batalla otro ser. He matado la Escuela y de su sangre me valgo para pintar esta otra cosa que es un Manicomio. Lo que era el orden dentro de la Escuela lo transformé en un antro donde el negro alucina la luz sobre las espaldas laceradas de los condenados. Pero, en la Escuela, todos son santos y en sus espaldas la luz no duele, surge indemne en forma de espíritu. Mas, en este antro, el Espíritu se repliega en el caos y tiene fondo humano: humillación, adoración, canto y libertad.

La Escuela, su pulcra fachada, recibe la luz en formas y cantos puros, siempre custodiada por ángeles inútiles o retratos de habitantes del paraíso. Quienes se acercan a los locos de mi fachada huyen des-pavoridos de sus ojos. Dejan allí sus alas cortadas los recién fugados del Taller de los Maestros, que no quieren comprender que el arte es la ofrenda a otros seres, menos ambiciosos y perfectos.

En mi íntimo ser batalla otro ser, de negros apetitos.

*De Música lenta* (Bogotá: Arte es Colombia, 2014)



## Lección de culinaria

Este ha sido el infierno para una mujer: pelar una cebolla. Las hojas en las manos se multiplican delgadísimas. “Hijos, en el corazón de la cebolla está Dios”, decía mi madre para darse consuelo y consolarnos. Ella no hacía uso del cuchillo, pues temía herirle el corazón a Dios. Por tanto, el hambre en la casa era la eternidad. Mi madre no veía la hora en que un ángel aleteara entre sus manos. Por el momento, de esa carne comeríamos. Tiempos en que los ángeles, nuestros guardianes, se transformaban bondadosamente en aves de corral. Pero los tiempos cambian y eso ya no ocurre. Así que un día las cosas empeoraron: nos volvimos transparentes como las mismas hojas de la cebolla. Fue hermoso porque, a través de mi hermano, veía a mi madre en el punto más lejano del universo pelando, sin descanso, esa maldita cebolla. Hasta que llegó al punto oculto del centro, donde estaban las regiones superiores. Pero, por desgracia, Dios había salido un rato del centro de la cebolla. Pobre sirvienta de Dios, mi madre, en los misterios de la cocina. Lo cierto es que nunca pudimos comer en el Reino. Yo no sabía que mi madre, de tanto pelar cebollas, se había convertido una envoltura de cielos transparentes; algo así como un cielo dentro de otro cielo, y este dentro de otro. Recuerdo que no comimos, pero tampoco vimos a Dios. Ahora entiendo que la demasiada religión es la peor de las culinarias. Por fin quiero vengarme de todo esto derribando el Araboth, el árbol del cielo.

## Homenaje a la música de Arturo

Hoja, celeste invisible,  
 ventana que en el aire relampaguea,  
 ¿dijiste “país”?  
 “País en el aire por ti cantado”,  
 yo diría, aún mejor que los pájaros  
 y el viento de tu morada.  
 No dejo de oírte, tus voces secretas  
 me bastan.  
 El espacio, el tiempo en tu poesía son un don.  
 A ninguna otra Colombia, esa misma del cuchillo  
 atravesado  
 en la garganta,  
 la cantaste suave, muda,  
 la cosiste silenciosamente con tu música.  
 La anegada, la de tus ángeles cargados de harapos,  
 a ti debo las canciones, el ritmo, la visión de la altura.  
 Mi ángel no podrá llevar mi pluma hasta tu cima,  
 pero me has dado la paciencia,  
 el silencio para alumbrar un país  
 que no se cansa en la oscuridad de barrer  
 hojas muertas.  
 Nos enseñaste que, sólo cuando se canta,  
 la tierra es de nadie.

De *Bajo el brillo de la luna* (Cuba: Casa de las Américas, 2016)

## Crónica en *claro de luna*

El poeta francés René Char, en uno de sus poemas, llamó a la luna “diosa tallada en siete climas diferentes para acceder al *macizo superior*”. Lo dicho por Char tuvo origen en dos cuadros de Edvard Munch, el titulado *Claro de luna*, pintado en 1893, y *Casa en claro de luna*, de 1895. En las dos pinturas aparece la misma luna, pero en años y ciudades diferentes: Berlín y Lubeck. Leamos la crónica que sobre el origen de dichas obras narra a continuación Mónica Graen, según hechos que conmovieron a los habitantes de las dos ciudades:

## Berlín, 1893

*A partir de estos acontecimientos cambia la historia de Berlín. Las entrañas del joven pintor fueron halladas por unos niños engarzadas de la ripias de una cerca formada por paralelas simétricas, detrás de una casa que fuera lujosa, al parecer abandonada, a las afueras de la ciudad. Por arriba del cercado y hacia la derecha, una sombra deja divisar una ventana dando forma a unos túneles o entradas, como únicas posibilidades de que más allá de la pared existe un adentro, una ciudad o un Berlín por nacer. Estos hechos no interesaron a la crónica en su tiempo y vienen a saberse ahora luego de una minuciosa lectura de los cuadros. Los niños, únicos testigos fieles de esta historia, vieron al pintor pasearse esa tarde por la casa en ruinas. Como detestaba tanto el olor de la muerte, por lo que escondía su nariz en las solapas del abrigo, se acostó a esperar la noche sobre unas tablas caídas. Cuando en el horizonte asomó la “diosa tallada en siete climas diferentes”, en la medida en que se hacía más clara y redonda, el pintor miraba asombrado cómo sus propias entrañas se extendían sobre el cercado, blanqueándolo. Berlín, en ese instante, olía a muerte, aunque todos sus habitantes —salvo el pintor y los niños— ignoraran lo ocurrido en la casa en ruinas, lo cual es irrepentible. Se trata, para no enredar el asunto, de uno de los partos más glorioso del pintor. Sólo los niños pudieron ser sus verdaderos testigos, pues un adulto en la escena hubiera arruinado esta bella crónica que la historia del arte mantuviera oculta hasta hoy. Quien aparece en el centro del cuadro es la figura del propio pintor, cortando el cercado, vestido completamente de negro, con los brazos escondidos atrás. En un*

*lado del cuadro reina la oscuridad completa y, en el otro, la luz precisa algunos rasgos del macabro escenario, dejando ver la ventana y las ripias del cercado con una claridad envidiosa (mientras tanto la rutinaria Berlín se ocupaba de sus asuntos personales y empezaba a cerrar las ventanas como si clausurara todos los hechos de ese día). Así, la luna se veía nacer de las entrañas del pintor. Puesto de pie en el momento del parto, la noche cobijó al artista con su antiguo traje de monasterio. Del rostro redondeado emana la claridad, por lo que los cercados y los postigos de la ventana aparecen completamente iluminados en contraste con la noche de Berlín que ignoró este privilegio. La luna, como es de suponerse, no se deja ver en el cuadro ni en el cielo de la ciudad. Pero si “el macizo superior” del arte no se ocupara de esconderla, los niños huirían decepcionados del lugar o hubieran lanzado contra el pintor las mismas piedras de la casa en ruinas. Tan sólo ellos, a la vez alarmados y sonrientes, vieron nacer por los túneles de la ventana a la nueva Berlín, completamente blanca, como si la ciudad ahora fuera un claro de luna acabado de parir de las mismas entrañas del pintor. Los niños en un acto de inocencia parecían decirnos: El arte verdadero se hace con las entrañas. Desde entonces, Berlín ya no era la misma. Por lo menos, toda la ciudad fue invadida por el claro de luna que emanaba del mundo del cuadro. Quienes no han vivido lo que vivieron los niños, son parte del eclipse del hombre o, lo que es lo mismo, habitan sin saberlo una Berlín que construyeron con sus propias manos, con peldaños para bajar al infierno.*

## Lubeck, 1895

*Dos años después, la misma luna nace en Lubeck. En varios apartes del diario del pintor, los colores tienen vida propia. Los verdegrises pueden estar tristes, algunos anuncian calamidades, otros expresan sufrimiento. Él mismo dejó dicho que su pintura era una confesión hecha por su propio albedrío. He aquí los hechos de esta confesión que conmocionaron a Lubeck y que se relacionan con la disputa por una mujer.*

*Munch y Strindberg se enamoraron de una misma mujer, a espaldas del esposo de la infiel. Para expresarle el sufrimiento, que era su amor, el pintor realizó su amarga confesión en su cuadro Casa en claro de luna. En él la presunta amada tiene presencia en dos dimensiones donde a la vez se oculta y se muestra: la claridad y la oscuridad. Sólo en ese espacio compartido puede vivir la enemiga y pertenecer a dos seres a la vez, sin que se entregue completamente a ninguno. Por eso su faldón resplandece en la más osada claridad, como llamarada del deseo, pero el resto del cuerpo se oculta en la noche más ciega. Cuando la mujer se le revela a uno de sus amantes en la oscuridad, al otro se le oculta en la claridad. Nunca se deja ver completa en ninguno de los dos mundos. El amor siempre está al otro lado, donde no se le pueda ver del todo. Aprisionada entre dos noches, la casa anaranjada alza su presencia. Su color son las manchas del deseo. Las dos ventanas sirven de entrada a cada uno de los amantes sigilosos. El resto es un mundo revuelto de os-*

*curidad, miedo, caos y miseria alrededor de la casa. Pero, realmente, ¿qué ocurría adentro en esa noche cualquiera de 1895?*

*El cuadro, desde luego, no deja ver nada de lo que ocurre en cuartos y pasillos, pero el anaranjado de las paredes narra la calamidad de lo que adentro está sucediendo: un crimen. Strindberg ha asesinado el claro de luna, por celos. Los críticos, que saben participar en los crímenes, dicen ver en la diagonal del cuadro una sombra avanzando en dirección a la falda blanca de la mujer, pero de la cintura hacia arriba, Munch, enfurecido por los celos oculta a su infiel en la noche más horrible, como única posibilidad de hacerla suya. Sin embargo, la figura de afuera es un reflejo de lo que oculta la casa: la luna de Lubeck. Esa noche la diosa no hizo su ronda por la ciudad. Pero, mientras esto ocurría en la mansión abandonada, los habitantes fueron presa de un extraño furor, al punto que muchos terminaron descuartizando en sus habitaciones a sus propias esposas. Cosa que los diarios se abstuvieron de registrar, para que nadie se enterara de la mancha de la Lubeck que toda la vida amaron. Pero la composición del cuadro, construido a partir de un amasijo de manchas verdegrises, oscuras y rojas, se encarga de encubrir uno de los crímenes más bellos de la historia del arte. Si lo miras, sentirás deseos de entrar a la casa, a la que muy pocos han logrado acceder. En sus cuartos y pasillos, los hombres son presa de la locura o de la muerte cuando el claro de luna los invade.*

A Santiago Mutis Durán

De Tablas de salvación (inédito)

## Hipótesis de la mosca

*...ni me mueve el infierno tan temido.*

ANÓNIMO

Soñé que me sostenía por una cuerda al vacío,  
abajo me esperaba un lago de fuego.  
Yo sabía que a cualquier momento despertaría,  
y que eso me iba a salvar de caer.  
Fue angustiioso.  
Entonces lancé esta hipótesis:  
El infierno está en los sueños,  
¿qué hice el día anterior de ese sueño  
para merecer ese castigo?  
Revisando, estirando al sol  
los trapos sucios de la conciencia,  
al final del almuerzo yo maté una mosca.  
Cuando volaba solita, hambrienta, en círculos,  
yo le caí con el limpión húmedo.  
Y ella se desprendió, para más desgracia,  
a una olla de agua hirviendo.  
Así que hay un paralelo perfecto  
entre mi sueño en el vacío, el lago de fuego al fondo  
y la mosca que cayó a la olla de agua caliente.  
Resultado de la indagación: el infierno existe  
paralelo a nuestros actos, pero con una variable:  
La mosca cayó, pero el soñador no.  
Conclusión: Caer, incluso hasta la muerte,  
no es lo peor, sino  
dejar suspendida la conciencia en el vacío.  
Habrá que indagar si a mayores errores,  
mayor vacío.  
Hoy, a la hora del almuerzo, vi a otra mosca.  
Antes de matarla, pensé en el sueño terrible.  
Finalmente la maté sin remordimiento.  
Esta noche la voy a pasar en vela.